

Ernesto Castro

MEMORIAS Y LIBELOS DEL 15M

arpa

SUMARIO

MEMORIAS	9
LIBELOS	225
Contra la postmodernidad	231
Lo indignante de Stéphane Hessel	269
La crisis del privatismo civil	294
Once reseñas antiposmodernas	310

MEMORIAS

A las dormidas y a las despiertas

Junto con la palabra habríamos perdido
 incluso la memoria si fuésemos tan capaces
 de olvidar como de callarnos.

TÁCITO

Nunca he hablado de otra cosa que de mí
 mismo. Como lo hacía desde dentro, nunca
 se ha entendido del todo.

ALAIN ROBBE-GRILLET

Como escritor, soy un genio de una clase un
 tanto particular: ni más ni menos, absolutamente
 sin autoridad y, por eso, continuamente abocado
 a anularme a mí mismo, para no convertirme en
 una autoridad para nadie.

SØREN KIERKEGAARD

I

—Nos han robado el iPod.

La música se para. Y los cuerpos con ella. Solo los perros siguen excitados. Y las llamas crujiendo sobre los adoquines. Es ya de noche, estamos al aire libre. La contaminación no deja ver. Una farola prende a media luz. Se intuyen los perfiles de edificios cercanos. Un reloj, una fuente y un madroño. Una doble joroba, ¿o quizá un pez? Es ya en invierno, estamos abrigados. Hace frío, pero las papeletas al fuego dan calor.

Paula vuelve a decir:

—Nos han robado el iPod.

Nos encontramos en la madrugada del 21 de noviembre de 2011, el Partido Popular ha ganado las elecciones generales en España con casi once millones de votos, el 44 % de los sufragios emitidos, consiguiendo una mayoría absoluta en el Congreso y el Senado como no se había visto desde las aplastantes victorias del Partido Socialista Obrero Español a inicios de los años ochenta, con 186 congresistas y 136 senadores, que permitirán que el recién electo presidente Mariano Rajoy aplique las medidas de recorte del gasto público y de reestructuración de la economía que exige la Unión Europea, y a Paula le han robado el iPod.

Cristina no la ha oído.

—¿Qué nos han robado?

—El iPod.

—¿Alguien de aquí?

—¿De dónde, si no?

Miro a mi alrededor. El ladrón está entre nosotros. Delante de mí se encuentra Rocío. No puede haber sido ella. Es una de las organizadoras de la reunión. A mi izquierda hay un tipo con rastas, riñonera y pantalones cagados. Tampoco. Tiene los dedos demasiado liados enrollándose un porro y acariciando a su perro como para hurtar nada. A mi derecha, unas chicas que hasta hace un momento bailaban; revolían sus cabellos color rosa flúor, azul neón o verde césped; se enganchaban mutuamente los *piercings* de la lengua. Imposible que hayan sido ellas. Ya no bailan, tienen cara de lunes y los brazos cruzados, como si al cortarles el rollo se les hubiera denegado un derecho constitucional básico. Ahora que no suena la música, oigo a mis espaldas unas frases en inglés. Me doy la vuelta y veo un círculo de guiris con gafas de carey, pantalones pitillo, camisas de leñador, barbas de talibán y unas gorras que pretenden ser ingeniosas pero solo son de marca cara. Escuchándolos con atención advierto que, salvo uno de ellos, todos los demás son madrileños. Están compitiendo por ver quién ha ido a un instituto más bilingüe, más privado, con más clases de refuerzo. Ni se me ocurre pensar que hayan sido ellos. ¿Para qué quiere un iPod quien ya posee un iPhone?

Me siento como en aquella escena de *Uno de los nuestros*, de Martin Scorsese. La escena de la boda. El novio mafioso y la novia ingenua están dando los primeros pasitos del baile nupcial cuando ella se acuerda del bolso con los donativos de los invitados. Nadie lo está vigilando. Él la tranquiliza. Nadie de aquí va a robarnos. A fin de cuentas, todos somos de la Cosa Nostra. Del mismo modo, ¿quién de aquí va

a robarnos el iPod? ¿Quién va a dejarnos sin banda sonora? ¿Acaso no somos todos de los de abajo? ¿Acaso no somos el 99 %? ¿Acaso El pueblo / unido / jamás será vencido?

—La que lo haya robado, que lo devuelva —rompe el silencio Rocío, en un lenguaje tan amenazador como inclusivo—. Y que no se preocupe, que nosotras no nos chivamos a la madera.

El auditorio se agita en una risa tan histérica como liberadora. Por descontado que no avisarán a la policía. Por descontado que no lo denunciarán en comisaría. Por descontado que no llamarán al 091. ¿A quién se le ha podido pasar por la cabeza? Estamos en una concentración no autorizada por el gobierno, cuyo único fin es quemar papeletas y danzar alrededor de ellas, convocada por el grupo de Acción Directa del 15M, que lleva un mes okupando un hotel en ruinas en el centro de Madrid. «Bailaré sobre tus urnas»: estamos en una de esas fechas que nunca se mencionarán en las crónicas oficiales del movimiento, hasta el punto de que la mayoría de sus participantes negará incluso haber oído mencionar su existencia. «Bailaré sobre tus urnas» no solo rompe con la legalidad vigente, sino también con el discurso de legitimidad de los indignados, cuya buena imagen pública descansa sobre sus convicciones parlamentarias y su carácter no violento. Pero las chicas de Acción Directa no creen en los parlamentos ni rehúyen la violencia. Y aquí no recorro a eufemismos políticamente correctos: me refiero a ellas en femenino porque todos los miembros que conozco de ese grupúsculo anarquista son mujeres. Algunas han hablado ya. Otras hablarán más adelante.

—¿Si no hay música, no hay hogueras de San Rajoy! —exclamó Marta mientras extinguía las papeletas crujientes y cenicientas bajo sus botas, clausurando también mi mutilado recuerdo de aquella noche.

¿Y dónde pasó eso?, os preguntaréis. ¿Dónde sucedió esa «quema neonazi»? ¿Dónde se produjo ese «atropello a la democracia»? ¿Dónde tuvo lugar esa «alteración del orden público»? ¿Dónde, esos «exaltados que son una minoría en el 15M»? ¿Dónde, ese «caso aislado que no representa al movimiento»? ¿Dónde, el robo del iPod?

¿Pues dónde va a ser?

«Una pedrada en la Puerta del Sol mueve ondas concéntricas en toda la laguna de España», escribió Ramón Gómez de la Serna en su *Elucidario de Madrid*. Nuestra historia demuestra hasta qué punto tenía razón. En Sol se grita un lema, y ya es un «¡Trágala, tirano!». Se reprime a unos escolares, y ya es una Gloriosa. Se ataca a un político, y ya es un Lerroux o un Canalejas. La del Sol es una de las puertas más antiguas de Madrid; todas sus construcciones, salvo una, son del siglo XIX. En esa época se demolieron sus dos edificios históricos cardinales, el Convento de San Felipe y la Iglesia del Buen Suceso, en cuyo foso yacían los mártires del motín de Esquilache y del 2 de mayo, para erigir hoteles sobre sus ruinas. Sol se volvió de sopetón un sitio laico, consagrado en exclusiva a la religión del turismo. Rodeada por edificios burgueses decimonónicos de los cuales solo queda la fachada, reconvertidos en bollerías, casas de empeño y Apple Store, en esa plaza no hay otro monumento que la propia plaza, cuya última reforma es de hace una década. Su planta actual es obra de Isabel II, pero la estatua ecuestre que se halla en su centro, fundida en 1994, es de Carlos III. El símbolo de la ciudad, la estatua del Oso y el Madroño, instalada en los años sesenta, ha mudado más ve-

ces de localización que el anuncio luminoso de Tío Pepe. De la fuente que allí hubo durante tres siglos, simbolizando ocasionalmente al imperio español, solo queda una chica semi-desnuda de mármol, que según unos representa a Venus, según otros a Diana, y según otros a la fe católica: la Mariblanca, de la cual hay tres o cuatro copias distintas; la que se expone en Sol no es la original. De hecho, el único edificio original y originario de esa plaza es la Real Casa de Correos, donde se han pregonado el comienzo y el final de todas las repúblicas españolas, con casi la misma gente aplaudiendo de la misma forma. Esa fue la sede de la Dirección General de Seguridad durante el franquismo, igual que hoy lo es del gobierno de la Comunidad de Madrid. Allí se torturaba entonces como ahora se tañen las campanas en fin de año. Dentro se daban las hostias como afuera nos dan las uvas.

En una frase: Sol es la historia de nuestro país liofilizada en un puntito geográfico. Allí se encuentra el kilómetro cero de la nación, a pesar de que ninguna de las vías que surgen de la plaza empalme con el sistema radial de autopistas españolas. Las calles Montera, Carmen y Preciados dan a la Gran Vía; Arenal y Mayor, al Palacio Real; Alcalá y San Jerónimo, al paseo del Prado; Carretas, Comercio y Espoz y Mina, a tomar por culo. Con la pintura y el Parlamento al este, los reyes al oeste, el consumismo al norte y los inmigrantes al sur, la Puerta del Sol es la verdadera y única plaza central de Madrid; y eso que no se llama «plaza» sino «puerta». ¿Eso significa que se abre, que se entorna y que se cierra? Ya lo dijo Antonio Flores a mediados del siglo XIX:

Si en vez de llamarse Puerta del Sol se dejara llamar Plaza de la Ociosidad, nadie extrañaría que fuese el verdadero postigo de todos los vicios; pero los holgazanes que la habitan dan una gran prueba del tesón con que ejercen su oficio llamándola Puerta del Sol, porque así indican que su pereza es tanta que ni aun para tomar el sol se dan el trabajo de pasar más allá de la puerta.

Ahora en serio: el origen de su nombre es muy discutible. Según unos, se remonta al levantamiento en 1520 de las Comunidades de Castilla contra Carlos V, las cuales erigieron allí una fortificación adornada con relieves solares. Cuando el emperador aplastó la revuelta, «este castillo y puerta se derribó para ensanchar y desenfadar a tan principal salida», tal y como nos narra un cronista de la época. No hace falta decir que para la heráldica del 15M sería fantástico que esa etimología fuera cierta. Así se podría filiar a los comuneros con los indignados, a la Casa de Austria con la Troika europea, a las libertades castellanas con Democracia Real Ya. Por desgracia, tenemos evidencia de que a finales del siglo xv ya era frecuente la expresión «Puerta del Sol» para referirse a la salida más al este del municipio, justo por donde sale el sol.

Los acampados en la plaza aquel 15 de mayo pudieron comprobar ese origen etimológico con sus propios cuerpos, al ver cómo, después de tumbarse unas pocas horas al raso, con unos cartones, unas mantas y unos sacos de dormir prestados, amanecía en Sol a las siete en punto. Ante sus ojos se desplegó la carne curada del cielo de Madrid: una loncha de embutido azul, con sus infiltraciones de grasa blanquiamarilla, vetas y venas de luz que poco a poco se entreveraban con las nubes, hasta obtener un marmoleo idóneo. Luego se cortaron dos grandes tajos lumínicos a lo largo de Alcalá y San Jerónimo, iluminando al Oso y el Madroño junto a esa salida de Renfe con forma de pez o doble joroba de cristal. Probablemente fueron los resplandores emitidos por esa boca de Cercanías los que desvelaron a Acampada Sol aquel felicísimo día.

Quienes no disfrutaron de las uvas de la aurora tuvieron que conformarse con las hostias de la ira. Me refiero a las detenciones que se efectuaron al término de aquella manifestación del 15/05/11. Al llegar a la plaza del Callao, unos exaltados-que-eran-una-minoría se sentaron en la calzada e intentaron cortar el tráfico de la Gran Vía. Entonces intervinieron los an-

tidisturbios y se produjeron casos-aislados-que-no-les-representaban (incendios de papeleras, roturas de escaparates, lanzamientos de botellas...). Hubo veinte detenidos, de los cuales quince dijeron haber sido maltratados por la policía. En uno de los casos, el agente le estampó [presuntamente] la cabeza al manifestante contra el asiento del furgón mientras le susurraba [presuntamente] al oído: «¡Llevar rastas es de guarros!».

Seis de los detenidos fueron liberados a la mañana siguiente. A los otros catorce se les acusó de alteración del orden público, desacato a la autoridad y destrucción de bienes ajenos. La Fiscalía pidió penas de cárcel con una duración promedio entre los dieciocho meses y los seis años a la sombra. El juicio se alargó durante ocho años, hasta que en febrero de 2019 el magistrado competente consideró que la propia lentitud de la justicia era un atenuante del delito y conmutó el tiempo entre rejas por una multa que, a lo sumo, llegaba a los 180 pavos. No está mal, pasar de siete décadas en prisión a 4500 euros a pachas entre todos, aunque tuvieran que abonarlos de su propio bolsillo, pues para entonces ya nadie se acordaba de los 14 del 15M. Toda España estaba ocupada por la desmemoria...

¿Toda?

¡No! Una manifestación convocada por irreductibles quincemeros resiste todavía y siempre a la amnesia. Y la vida no es fácil para las guarniciones de políticos en los reducidos partidos de Unidas Podemos, Más Madrid, Madrid en Pie y Ciudadanos. Nos encontramos en la tarde del día cuatro del mes de diciembre del año dos mil dieciocho después de Cristo. Nuestros valientes y aguerridos quincemeros se han concentrado en Sol para protestar contra la apropiación de la memoria histórica indignada a manos de la «nueva política» de izquierdas. Contra los pérfidos y melifluos concejales de Ahora Madrid exclaman: «¡La lucha está en las calles, / no en el ayuntamiento!». Contra los sibilinos y cobistas diputados de Podemos recuerdan: «¡Que no, / que no, / que no nos repre-

sentan!». Contra el infame e injusto olvido de los 14 exigen: «¡Libertad, / libertad: / detenidas por luchar!».

¿Qué está pasando exactamente? La alcaldesa Manuela Carmena ha apurado hasta su último semestre en el puesto para instalar una placa en conmemoración del fenómeno sociopolítico que la aupó a la alcaldía. «El pueblo de Madrid, en reconocimiento al movimiento 15M, que tuvo su origen en esta Puerta del Sol: “Dormíamos, despertamos”», reza aún hoy esa placa tan justa como intempestiva. Situada en el número 10 de aquella plaza, en su esquina con la calle Preciados, sobre un escaparate de El Corte Inglés que por Navidad exhibe una decoración compuesta por coronas de flores eléctricas, es evidente que esa placa sella la tumba, el cenotafio del 15M.

Debajo de esa instalación funeraria se halla Íñigo Errejón —hasta ahora, diputado autonómico de Podemos; en dos meses, tráfuga al partido recién montado por la alcaldesa— prestando declaraciones para los periodistas del Grupo PRISA. Detrás de él, un anuncio de zapatillas «California Originals». Se trata de una *joint venture* entre Vans y Disney —igualitos que Errejón y Carmena— para celebrar los noventa años de existencia de Mickey Mouse. Demasiados cumpleaños en tan poco espacio.

Pero a finales de 2018 no solo cumplían años Mickey Mouse y el 15M, sino también —éramos pocos y parió la abuela— la carta magna española. Esa misma tarde, a pocos bloques de distancia de Sol, en la plaza de la Villa, antigua sede del Ayuntamiento de Madrid, se clavaba otra placa, conmemorando las cuatro décadas de la Constitución del 78. Tenía todo el sentido del mundo que se clavase entonces, pues cuarenta y ocho horas después se festejaba el puente de nuestra ley fundamental, y ya se sabe cuán difícil es que los políticos hagan su trabajo —inaugurar movidas— en día festivo. Lo que no tenía ningún sentido es que, habiendo tantas fechas

asociadas con el movimiento de los indignados (15M, 25S, 19J, 22M, 15O...), se eligiera un día tan soso como el 4 de diciembre. ¡El 4D! Para eso, haberlo puesto en 4K.

(*Shout out* para El Alfa, Darell y Noriel).

Pero ¿qué ocurrió el 04/12/18? Ni idea. Lo que sí sé es que dos días antes el PSOE perdió sus primeras elecciones autonómicas andaluzas desde que hay ¿democracia? en España. Después de cuatro décadas de socialdemocracia ininterrumpida, la Junta de Andalucía pasó a manos de un gobierno de coalición compuesto por el «trifachito» PP, Cs y VOX. Pese a haber existido ya durante un quinquenio, esas fueron las primeras elecciones en que VOX obtuvo algún escaño, alzándose con el 10% de los votos y 17 diputados. Ahora nos explicamos por qué Carmena se dio tanta PRISA en ponerle una velita al 15M. El Cid muerto de la indignación tenía que subirse de nuevo a su caballo para combatir a un espectro que recorría España: el espectro del neofranquismo y sus gigantes —*¡que no, que son molinos, Sancho!*— de la *alt right*, importada desde la otra orilla del Charco para luchar contra los independentistas catalanes y las feministas de la cuarta o quinta ola (ya he perdido la cuenta). Se esperaba una batalla formidable, *the most ambitious crossover*, digno de las Navas de Tolosa, la batalla del Ebro o *Pedro y el lobo*. Resultado: en las segundas elecciones generales de 2019, VOX obtuvo el 15% de los votos y 52 diputados. Se convirtió en el tercer partido más votado, con casi veinte congresistas más que todas las coaliciones y confluencias y sucursales y fachadas de Podemos juntas. Era evidente que la pata incorrupta de ese Cid no estaba tan incorrupta como se pintaba, sino más bien podridita.

Con todo y con eso, tiene gracia que la fecha elegida para solemnizar al 15M se encontrase a la misma distancia temporal del Día de la Constitución y de la primera victoria electoral de VOX, pues es en ese punto medio, en esa equidistancia

entre el Régimen del 78 y el espectro del neofranquismo donde se sitúa hoy la herencia de los indignados. Resulta irónico que un movimiento social cuyas consecuencias más palpables a medio plazo fueron finiquitar el bipartidismo @®\$O€ y «vacunar a Estepaís contra la extrema derecha», según el tópico podemita, cumpla diez años cuando España previsiblemente se encamina hacia un sistema político tripartidista donde el tercero en discordia es —¡sorpresa!— la extrema derecha. Uno no sabe si reír o llorar ante la expectativa de que el 15M celebre su décimo aniversario en este periodo coronavírico, en el cual las calles están yermas y los espacios públicos abandonados, pero no a causa de la represión estatal o de la indiferencia consumista, sino porque el contacto carnal con los otros entraña un serio peligro de muerte. En 2011 ocupamos las plazas; en 2021, ¿confinados en casa?